

*[Handwritten signature]*

# EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO XV.

MADRID 1.º DE OCTUBRE DE 1888.

NÚM. 175.

DONATIVO DE LA  
BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MADRID  
1940



376 FRES. SYMBOUSIS 15

*J. Weir*  
1877



## EL AVE FIEL.

El célebre naturalista inglés Edwards cuenta de la fidelidad de un ánade, una conmovedora historia que es digna de conocerse.

Corria uno de los meses de la primavera y los pájaros volaban por el campo alegrando la naturaleza, cuando de pronto llegaron unos días, en los que se dejó sentir el frío hasta el punto de nevar. Los pájaros callaron y se escondieron, como en los días de invierno; pero un ánade que había puesto sus huevos, permaneciendo fiel á su cargo, continuó junto á ellos. Su nido estaba puesto en el suelo, y por tanto, expuesto á los rigores de la nieve, del viento y del agua.

Cuando al siguiente día cesaron la nieve y el viento y aun se encontraba blanco el suelo, salió Edwards á paseo y vió el cuadro que nuestra lámina representa; los huevos medio cubiertos de nieve, y junto á ellos el pobre animal, triste y cabizbajo. Apenas se puede describir la impresión que recibió en su alma; contempló con ojos humedecidos aquel espectáculo. Para él no fue simplemente un caso excepcional de instinto, sino un santo sacrificio.

Cavó un hoyo debajo de un árbol, y colocó en él al ave y su nido. Quedóse allí mucho tiempo, hasta la puesta del sol, embebecido en la contemplación de un amor materno tan sin igual.



## MARTA.

## I.

¡Pobre niña! Fue desobediente á sus padres, y sufrió un terrible castigo.

Marta era una niña de ocho años, alta, morena, de largos cabellos que le caían por la espalda formando bucles, de cabeza pequeña y frente espaciosa, de ojos negros y mirada penetrante, de cejas abundantes y pestañas muy crecidas, de boca estrecha y labios delgados; era muy bonita, pero también muy voluntariosa.

Sus padres le habían profetizado que si no seguía sus consejos, le sucedería una desgracia; pero nunca supusieron que la desgracia estaría tan próxima, ni que sería tan grande.

Un día hubo en su pueblo una función de volatines en la plaza pública, y volviendo con su familia de un paseo, vió de lejos las habilidades y ejercicios gimnásticos de los titiriteros.

Entre ellos había algunos que levantaban grandes pesos con los dientes, otros que se subían sobre los hombros de algún compañero, y desde allí daban saltos peligrosos.

Marta se quiso detener para mirarlos mejor.

«Ya empieza á anochecer y debemos ir á casa,» dijo su papá; «además no me gustan los ejercicios de los gimnastas.»

«Quisiera quedarme hasta que los volatineros se marchasen,» dijo la niña.

El padre replicó que no era prudente



quedarse hasta los últimos momentos, porque en ellos la multitud se apresura á retirarse sin orden, y suele haber pisadas, golpes, empujones y molestias.

La familia se puso en marcha, á pesar del disgusto de la niña, que lloraba dando gritos desgarradores.

Pero al volver de una calle, la niña, que se habia ido quedando detrás, corrió hácia la plaza para ver nuevamente á los improvisados acróbatas; si bien con ánimo de incorporarse inmediatamente á su familia.

En el instante de llegar Marta, la gente se ponía en movimiento y varios grupos marchaban con apresuramiento, se repelían, chocaban entre sí, avanzaban y retrocedían, cogiendo en medio á la pobre Marta, que sin poderse defender fue llevada de un lado á otro, como débil madero entre las revueltas olas del mar, ó como ligera pluma impelida por opuestas corrientes de aire en día de huracanes y torbellinos.

Cuando la niña quedó libre, se halló dolorida, lastimada y en un sitio que no conocía. Miró á una parte y á otra para orientarse, pero ni supo por donde irse, ni vió alguien á quien preguntar, porque durante los primeros momentos de indecision se habia quedado sola.

¡Pobre Marta! Se arrepintió de haber desobedecido á sus padres, y se echó á llorar; pero nadie la oía.

Las sombras de la noche se habian ido extendiendo y un pesado silencio envolvía ya á la poblacion; algunos ruidos

más ó menos cercanos atemorizaban á la pobre niña.

De pronto Marta vió un grupo de personas que daban voces y se acercaban hácia ella: tuvo miedo, y huyó.

Huyó sin saber donde iba, y se encontró en el campo, donde la soledad, el silencio interrumpido por amenazadores ladridos de perros, y la oscuridad le infundieron nuevos temores y nuevas fuerzas para correr y correr, hasta que cansada, rendida y extenuada, cayó en un hoyo del camino que seguía, de donde no pudo salir, porque el aliento le faltaba y la oscuridad le impedía descubrir si habria medios para salvarse.

Por fortuna, la caída no produjo á Marta ninguna herida; pero ¡qué noche tan horrible! Acostumbrada la niña á estar siempre entre sus padres, que la cuidaban, que la acariciaban, que la distraían, que la acostaban luego en limpia cama para que durmiera descansadamente bajo su mirada, ahora se veía sola, en medio del campo, rodeada de temerosa oscuridad, y de ruidos más temerosos todavía, aterida de frío, aunque era el mes de Setiembre, y horrorizada ante la idea de que algun animal dañino se le aproximara.

*(Se concluirá.)*

## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Mientras Carlitos y su hermana escuchaban, continuó Edita narrándoles la



historia de Jesus, el que nos enseñaba á amarnos los unos á los otros. Habiendo contado cómo predicó al lado del lago de Genezaret, prosiguió:

«Entonces los que le oían decían: «Nos habla en nombre de Dios;» é iban á todas partes con Él para escucharle más todavía. Y los niños querían ir cerca de Él, porque los tomaba en sus brazos y los bendecía. Pero los malos le odiaban y querían hacerle daño. Y un día lo cogieron y le clavaron en una cruz con una corona de espinas sobre la cabeza, le pegaron y le insultaron. Y Él pedía á Dios que los perdonara.»

«¿Y ha muerto?» preguntó Pequeña Madre, que escuchaba con viva atención.

«¡Oh! sí, ha muerto.... y ha vuelto al cielo. Y ahora tú has podido comprender cómo sabemos que el buen Dios nos ama, puesto que Jesus lo ha dicho. Sabemos que Él quiere perdonarnos nuestra maldad y hacernos buenos, como Jesus lo era.»

Pequeña Madre escuchaba siempre con las manos cruzadas sobre sus rodillas y los ojos llenos de lágrimas.

«¡Oh!» dijo, «si estuviera todavía sobre la tierra!...»

«Sí,» dijo Edita, «yo también quisiera, pero iremos al cielo y le veremos si amamos á Dios con todo corazón y al prójimo como á nosotros mismos. Y entonces también veremos á Dios.»

Y hablando así, Edita levantó hacia el cielo sus ojos azules; parecía descubrir algo en las profundidades de lo azul. Pequeña Madre la miraba, y su corazón

se llenaba de un presentimiento de las cosas eternas. Carlitos, un poco cansado de una conversación tan seria se puso á cuatro pies para ver más de cerca una hormiga que corría hacendosa por entre los tronquillos de la hierba.

«Yo te traeré un libro en que puedas leer la historia de Jesus,» dijo Edita á Pequeña Madre. «No sé leer,» respondió la pobre niña llena de confusión.

«¡Oh! ¡qué triste es esto! Pero tú aprenderás, Florita; no es muy difícil; estoy segura de que sabrás muy pronto. A mí me gusta leer, pero me gusta mucho más hablar como ahora. Cuando tú estés buena, irás á verme alguna vez, y yo iré también á tu casa. Nosotras hablaremos.» «Pero,» dijo Pequeña Madre, «yo no sé nada.»

«Estoy segura de que sabrás muchas cosas que yo ignoro. Dime un poco de lo que tú sabes hacer.»

«Nada,» repitió la niña.

«Estoy segura de que sabes hacer tu cama, barrer tu habitación...» «Sí, pero eso no es difícil. Sé también cocer la sopa.»

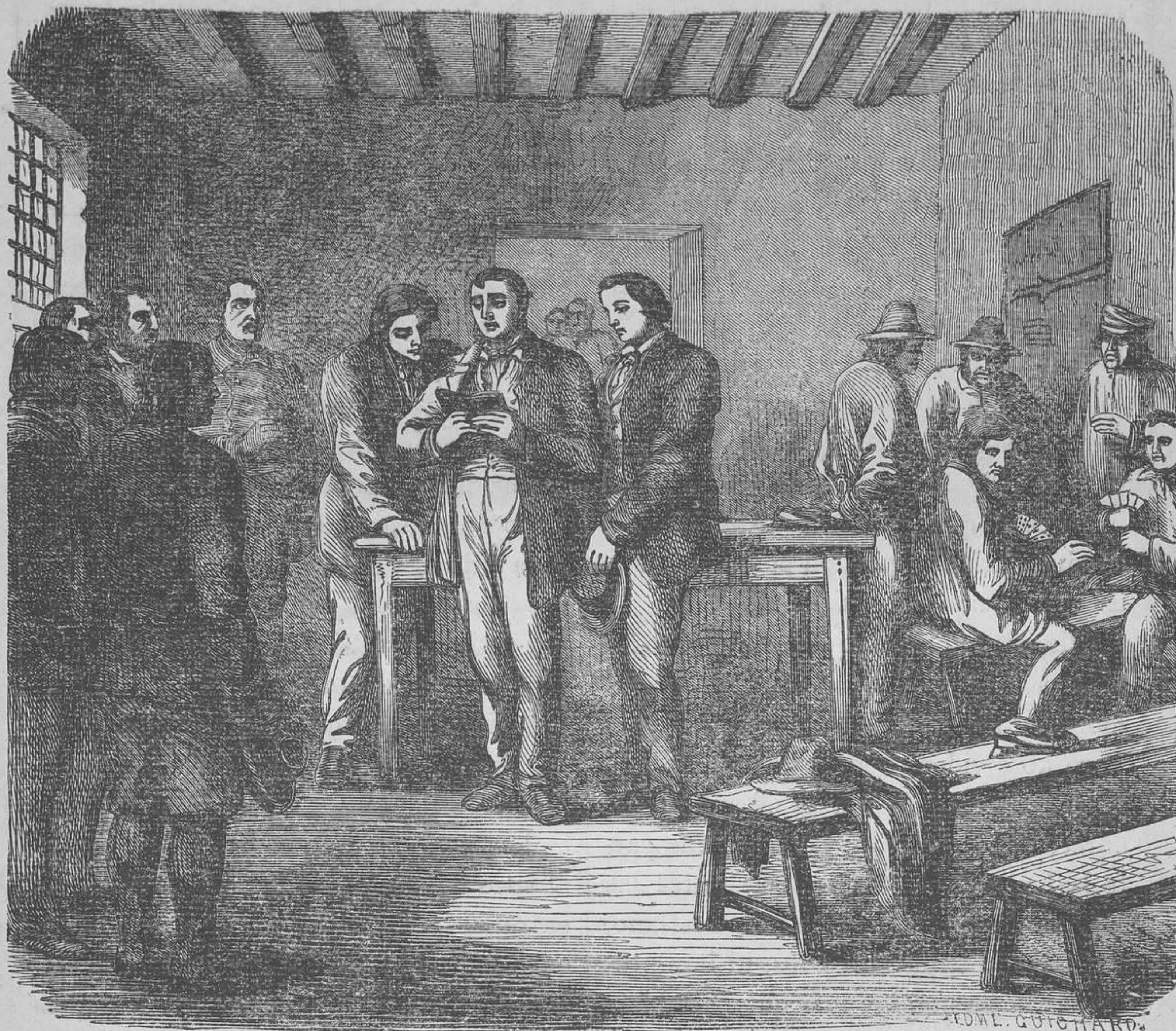
«¡Oh! eres hábil! Yo no sé hacer nada de esto. Cuando quiero hacer algo de eso, la doncella me dice: 'Dejad, señorita, esto no es vuestro quehacer.' Pero quisiera aprender también á guisar, porque á mí me entretiene mucho el hacer la comida. Y tú, Carlitos, ¿qué sabes hacer?»

«Yo,» respondió Carlitos, «sé coger acederas, y cuando sea grande, sabré hacer casas.»

*(Se continuará.)*







### EN LA CARCEL.

Representa nuestra lámina un momento de regocijo para todos los que aman al Señor, y para los ángeles, que se alegran porque Dios ha abierto los brazos para recibir almas en su seno; porque en la cárcel, morada del vicio y de la corrupción, ha entrado la palabra del Señor, y veis cómo ha sido recibida. Ved á un siervo de Dios, con el más pro-

fundo respeto leer la parábola del hijo pródigo, y á su alrededor siete presidiarios con los sombreros quitados, poseidos de gran emoción.

El de la derecha de nuestro hermano, mira con avidez al libro, como queriéndose enterar de su contenido lo más pronto posible; acaso le falta tiempo para enterarse; el de su izquierda siente que cada palabra es una piedra echada sobre su conciencia y baja la vista,



como vencido por tanta carga; los otros cinco, ¡qué asombrados se hallan ante la invitación divina que expresa la lengua de aquel hombre!

Hasta esos dos que permanecen montados sobre un banco, y que se hallaban sumergidos en el vicio, dirigen el oído hacia el lector, y queriendo el uno continuar en el juego, el otro extiende la mano y le dice: «Calla;» pero tan bajo se lo dijo, y de tal manera temiendo perder una sola palabra, que al relatarnos el pastor luego esta escena nos dijo que nada de lo que había visto y oído, le produjo tanta impresión como el modo de pronunciar esta palabra.

Pidamos al Señor que multiplique los obreros, pues es inmenso el campo yermo por falta de brazos que lo cultiven. Pero no olvidemos de que donde hay mayor necesidad, allí es el punto del obrero del Evangelio, y en ninguna parte la hay tal vez mayor, que entre las gentes que estando en un país cristiano, no han oído hablar de Dios, ni han pronunciado su nombre más que para blasfemarle.

Ojalá el Rey nos diga en aquel gran día:

«He aquí, yo he estado enfermo y en la cárcel, y me habeis visitado.»

---

### MARTA.

(CONCLUSION.)

El tiempo trascurría y Marta no cesaba en su lloro ni podía enjugar su

llanto; pero sus lágrimas eran inútiles y sus lamentos perdidos.

Un ruido de pasos creyó percibir á distancia, y aunque si hubiera podido huir, lo hubiera hecho, concibió al cabo la esperanza de que alguien pudiera sacarla de aquel sitio y llevarla á su casa. El ruido se aproximaba unas veces, otras se alejaba hasta extinguirse, pero al poco rato se reproducía más próximo acompañado de voces.

Si el miedo de Marta hubiera podido crecer, habría aumentado; pero el instinto de conservación aconsejaba á la niña gritar, y gritó.

«¿Quién hay aquí?» preguntó una voz bronca y desabrida de persona que, acompañada de otras varias, se había aproximado al hoyo donde se encontraba Marta. Esta no contestó, pero aumentó su llanto.

Las personas que se habían acercado al sitio donde estaba la niña, hablaron entre sí y encendieron una cerilla, á cuya luz pudo Marta ver cuatro hombres desarrapados y sucios, en los que reconoció con espanto á los volatineros, que pocas horas ántes había admirado en la plaza del pueblo.

Iban de viaje, y al encontrarse con la niña, la sacaron del hoyo y resolvieron apoderarse de ella para asociarla á sus trabajos. ¡Pobre Marta!

### II

Pero ¿qué habían hecho los padres de Marta?

En el momento en que se apercibie-



ron de su ausencia, se lanzaron á buscarla; corrieron por las calles en todas direcciones; llegaron á la plaza pública en el instante en que la niña era llevada por un grupo hácia otro sitio; fueron despues á la casa de todos los individuos de la familia, amigos y conocidos; dieron parte á la autoridad, y por último, recorrieron las calles extremas de la población llamándola á voces; pero todo fué inútil.

Y el dia siguiente no fue más feliz, ni el otro, ni el otro. El tiempo pasaba con fria lentitud, y ninguna noticia, ningun dato podia la familia averiguar sobre la infeliz Marta, ni muerta ni viva.

### III.

Los hombres que la encontraron en el camino la llevaron á un pueblecito inmediato, donde la vistieron con traje de niño, y á fuerza de rudos castigos la enseñaron á dar saltos peligrosos y á hacer ridículas piruetas.

Y Marta pasó á ser una niña desgraciada, que sólo oia palabras soeces y sólo recibia tratos groseros y sufría hambres y miserias, y recorría los pueblos cargada con los bártulos de los volatines; pero no olvidaba nunca á su familia, y cuando se encontraba sola se hincaba de rodillas y clavando su mirada en el cielo lloraba y pedia á Dios que le perdonara su falta de obediencia, que la librara de aquellos hombres y que la devolviera á sus padres.

Un dia se celebraba en un pueblo la fiesta de un santo, y los volatineros fue-

ron á él para dar una funcion. Marta se presentó en la plaza vestida de arlequin, cortado el cabello, pintado el rostro con ordinarios colores y tocando una trompeta.

Multitud de curiosos, ávida de emociones, rodeó á la niña y á sus compañeros, los cuales empezaron sus brincos y zapatetas.

La niña debia subir sobre los hombros de uno de aquellos y arquearse luego hácia atrás para coger con la boca un objeto que el gimnasta se ponía sobre la cabeza. Era el ejercicio más arriesgado, y todas las personas temblaban por la suerte de la pobre niña.

Cuando ya se hubo subido en los hombros del acróbata, Marta con lágrimas en los ojos miró á la concurrencia como pidiéndole protección; de pronto se fijó en un hombre que pasaba en aquel momento.

«¡Marta!» gritó aquel hombre al ver la mirada de la niña.

«¡Padre mio!» exclamó esta dando un salto y arrojándose á los brazos de su padre, pues efectivamente era él.

Todos los asistentes rodearon al padre y á la hija; los volatineros quisieron huir, pero fueron presos y conducidos á la cárcel.

Y Marta y su padre, después de referirse en breves minutos lo que les habia pasado en el tiempo de su forzada separacion, corrieron para irse á su pueblo y dar á toda la familia noticia del feliz encuentro, y dar juntamente gracias á Dios por su salvacion.



En lo sucesivo Marta fue obediente, y jamás olvidó que el castigo es siempre consecuencia de la falta.

## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Silvania llegaba con una mesita, que cubrió con un mantel un poco ordinario, pero perfectamente limpio: puso tazas, sillas, leche, pan de centeno, queso, y una gran cesta de fresas que acababa de coger en el jardín. Era esta una comida atractiva. Edita y su madre creían no haberla hecho nunca tan buena. Carlitos tomó una buena parte sin hacerse rogar, y Pequeña Madre bebió su leche. Silvania iba y venía para servir, mientras que sus gallinas se iban hasta bajo el cerezo para picotear las migajas del festín. Luego fue preciso enseñar á Edita la cabra, cuya era la leche que acababa de beber, y Silvania quiso todavía cogerle un ramillete de flores de su jardín, la mitad de flores del campo, entremezcladas con hierbas finas; todo esto invirtió tiempo, y el sol estaba ya muy bajo en el horizonte, cuando el coche, que había esperado pacientemente al fin del sendero se alejó, llevando á las dos visitantes. Los que habitaban la casa las siguieron con la vista todo lo que pudieron; después entraron y Pequeña Madre se volvió á la cama un poco cansada, pero con los ojos brillantes y el corazón gozoso.

«No quiero dormir, quiero pensar,» dijo á Silvania que se inclinaba sobre ella, deseándola una buena noche.

«¿En qué quieres pensar?»

«En todo lo que me ha dicho. Nos ha contado una historia muy bonita, y ahora sé que Dios nos ama.»

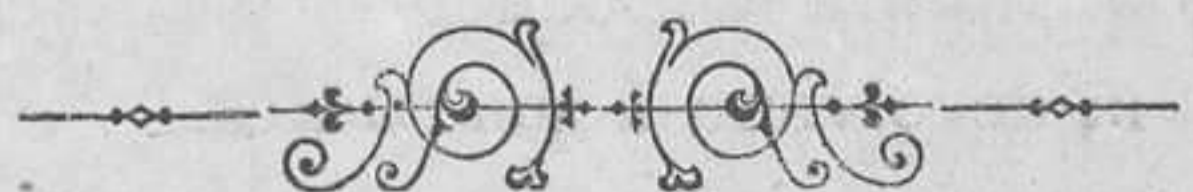
Un cuarto de hora después dormía apaciblemente. Los hermosos y dulces ensueños la hacían sonreír, y cuando se despertó durante la noche, se sentía tan dichosa, que quisiera comunicárselo á alguno; pero todos dormían. Por la ventanita se deslizaba un rayo de luna pasando por entre las ramas del rosál; un ruiseñor tardío cantaba en los árboles, y el murmullo de la fuente se confundía con su voz. Todo era tan dulce, tan apacible, que Pequeña Madre se volvió á dormir sonriendo todavía.

Sí, ¡el amor de Dios vela sobre vosotros, pobres niños! ¡el amor de Dios os envuelve por todas partes! Pequeña Madre lo sabía ahora. Para tener conciencia de ello es necesario un corazón de niño, un corazón puro y amante. ¡Qué dulzura infinita en los sentimientos de este amor!

Durmió hasta la mañana con este sueño profundo y apacible, y cuando se despertó, su primer pensamiento fue:

«Estoy completamente buena.»

(Se continuará.)





O—ye la voz, Se—ñor, Que el pue—blo con ar—dor E—le—va á Ti; Cla—ma con

an—sie—dad Pi—dien—do li—ber—tad, Pa—ra e—char la im—pie—dad Le—jos de sí.

2.

Tú la divina luz  
Diste al mundo, Jesus,  
Al fenecer;  
Y no permitirás,  
Dios de bondad y paz,  
Que siga el pueblo aún más  
Tu luz sin ver.

3.

Libre quiere adorar  
Tu nombre sin cesar  
El pueblo ¡oh Dios!  
Haz que todo poder  
Opuesto á tu querer  
Te venga á obedecer  
Y oiga Tu voz.

4.

De tu pueblo el clamor  
Acoge ¡oh Redentor!  
En tu bondad;

Oh, nuestro buen Jesus,  
Haz siempre que Tu cruz  
Dé á sus almas la luz  
De libertad.

5.

No hagas caer ¡oh Dios!  
Sobre él la peste atroz,  
Ni aun otro mal.  
Aleja de él, Señor,  
De la guerra el furor,  
Que deja en derredor  
Luto mortal.

6.

Libra á su pueblo aquí,  
Que humilde viene á Tí,  
De esclavitud.  
Muéstrale dulce faz  
Y en él abundar haz  
Consuelo, gozo, paz,  
Gracia y virtud.



## EL SUEÑO Y LA MUERTE.

PARÁBOLA.

Abrazados como dos hermanos, el ángel del sueño y el ángel de la muerte recorrian la tierra. Era de noche. Se sentaron á descansar en una colina, no léjos de las habitaciones de los hombres. Un silencio profundo y triste reinaba alrededor, y la campana dejaba oír su fúnebre tañido en la aldea lejana.

Serios y silenciosos, como lo exigen sus funciones, los dos genios bienhechores de la humanidad se encontraban sentados el uno al lado del otro, mientras se acercaba la media noche. Entonces el ángel del sueño se levantó de su asiento de musgo y esparció con mano ligera las semillas invisibles del sueño y el viento de la noche las llevó á las apacibles cabañas. Al momento el dulce sueño se apoderó de los habitantes de los campos; desde el viejo, que necesita de un apoyo para poder caminar, hasta el niño que envuelto en mantillas, descansa en su cunita.

El enfermo olvidaba sus dolores, el affligido sus penas, el pobre sus cuidados. Los ojos de todos se cerraron.

Despues de haber llenado sus funciones el ángel bienhechor del sueño, vino á colocarse al lado de su hermano, cuyo semblante era más severo, y no pudiendo contener su inocente alegría, exclamó con voz melodiosa:

«¡Oh! ¡qué dulce es hacer el bien sin ser visto! Cuando aparezca la aurora, los hombres me bendecirán como su

amigo y su bienhechor. ¡Qué felices somos, nosotros los mensajeros invisibles del espíritu del bien! ¡qué bella es nuestra apacible mision!»

Así habló el dulce ángel del sueño. El ángel de la muerte le miró con melancolía, y una lágrima, como las que derraman los inmortales séres, se escapó de sus negros ojos. «¡Ah!» dijo, «yo no puedo regocijarme como tú del agradecimiento de los hombres. A mí me llama la tierra su enemigo y me mira como el destructor de sus alegrías.»

«¡Oh, hermano mio,» repuso el ángel del sueño, «el hombre de bien, en su último sueño, ¿no verá en tí tambien su amigo, su bienhechor, que le lleva á la casa de su Padre, y no te bendecirá del mismo modo con agradecimiento? ¿No somos hermanos y enviados por el mismo Padre?»

Dijo, y los ojos del ángel de la muerte brillaron con alegría, y desaparecieron los dos estrechamente abrazados.

## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

La señora Naneta vino durante el dia, trayendo un pollito de su corral para la enferma y manteca elaborada por ella para Silvania. Mirando á Pequeña Madre, apenas pudo creer que tenia delante de los ojos á la misma niña que le habia parecido semejante á una figura de cera.

«¿Pero estás viva?» le dijo; «jamás



hubiera yo creído que en tan poco tiempo pudieras cambiar hasta este punto.»

Y yéndose dijo á Silvania:

«Tenias razón, hija mia, esta pequeña parece querer vivir.»

#### XXIV.

Dos semanas despues de la visita de Edita, Pequeña Madre y Carlitos se encontraban de nuevo en la habitacion sombría que ya conocemos. Fuera hacia un gran dia, pero los rayos del sol no penetraban casi nada, y sus ojos no se regocijaban ya con la vista de los árboles y de los prados en flor, ni sus oídos por el murmullo refrescante de la fuente. Bruneta no alargaba ya su linda cabeza para coger un pedazo de pan de las manos de su amiguita: el alegre reír de Silvania ya no se dejaba oír. ¡Qué cambio!

Los niños estaban en la actitud en que los vimos por primera vez. Pequeña Madre sentada sobre la silla sin respaldo y Carlitos á sus pies en el suelo, con la cabeza apoyada sobre sus rodillas; pero esta vez no tenían hambre, pues además de un buen desayuno en la linde del bosque ántes de dejar la casa, habían hallado á su llegada una merienda en casa de la señora Cárlos.

Empero Carlitos estaba triste y un poco gruñon.

«No sé para qué hemos vuelto aquí,» decia; «es fea esta habitacion tan negra: quisiera mejor haber quedado allí abajo; ¡aquel sitio es tan hermoso! Cuando yo

sea grande, quiero estar siempre en el campo.»

«Pero querido, nosotros no podíamos quedarnos, puesto que papá vuelve. ¿No te alegrarás tú de verle?»

Carlitos no contestó nada.

«¿Hubieras querido quedarte siempre solo?»

«No, contigo.»

«Pero yo, Carlitos, no hubiera querido quedarme ahora que papá vuelve. Piensa en lo triste que estaria si no encontrase á nadie. ¡Nosotros vamos á cuidarle muy bien! Está todavia débil... será preciso que estés muy quietecito y muy tranquilo, Carlitos.»

«¿Dónde podrá sentarse?» preguntó el chicuelo.

En efecto, esto era un problema. Pequeña Madre miró alrededor de la habitacion con una expresion de ansiedad. Ella ya lo habia pensado, pero ¿qué podia hacer?

«No hay más que la cama,» dijo.

«¿Es que siempre va á estar acostado?»

«No, tú sabes bien que la señora Perlet ha dicho que él puede ahora andar con un baston. Estará luego completamente bueno. ¿No estás tú contento de volverle á ver, Carlitos?»

El mismo silencio. Carlitos no podia olvidar la impresion de terror que recibió la primera vez que vió á su padre despues del accidente, cuando estaba sin movimiento y sin conocimiento. Empero no queria decir que no se regocijaba de volver á verle; sentia que



esto era malo, y prefería no responder.

«¡Nosotros estábamos tan bien en el campo!» repitió después de un momento de silencio.

«Sí, pero tú sabes que nosotros no podíamos quedarnos siempre... Silvania y la anciana han sido muy buenas para nosotros, pero nosotros no somos de su familia: ¿comprendes? no podían tenernos siempre.»

«¿Por qué?» preguntó Carlitos que no comprendía nada de estas sutilezas. «Nos quieren mucho...»

«Sí, pero no pueden tener cuidado de nosotros como papá; porque él, esto es, nuestro padre, nos quiere todavía más.»

«Bien quisiera estar con él, si estuviera en un hermoso campo, pero no quiero estar aquí; esto es negro, esto es feo.»

Pequeña Madre miró los muros desnudos y negruzcos, y suspiró pensando en el bello rosal trepador que tapizaba la casita. ¡Qué hermoso y fresco estaba todo en el campo! Nadie mejor que ella sentía el contraste. Hubiera llorado de buena gana, pero se reprimió instantáneamente, pensando en que su padre podía llegar de un momento á otro.

Se escuchaba en el corredor un ruido no acostumbrado, y de repente la puerta se abrió, dejando aparecer á la señora Carlos completamente sofocada.

«Traigo mi sillón para tu padre,» dijo dirigiéndose á Pequeña Madre; «gran falta le hará al pobre hombre... Pero no puedo más... ¿Estás tú bastante fuerte para ayudarme?»

«Yo, yo,» gritó Carlitos, alegre por esta diversion.

Pequeña Madre llevó también su débil concurso, y á fuerza de pena se llegó á hacer entrar el pesado sillón y situarlo cerca de la ventana.

«Aquí,» dijo la anciana señora; «este es, al ménos, un asiento conveniente para un enfermo. Y si no, ¿dónde se sentaría? Me alegro de que esta idea se me haya ocurrido.»

«¡Oh! gracias,» dijo Pequeña Madre radiante de alegría; «¡qué bien estará aquí! Es V. muy buena, señora Carlos.»

Y en su agradecimiento tomó la mano de la anciana señora y se la besó; después se quedó avergonzada de haberse dejado llevar de su impulso.

«No te avergüences de besar una mano vieja y llena de arrugas,» dijo la buena señora al retirarse.

Y dejando su tono gruñón, cuando estuvo sola continuó hablando consigo misma:

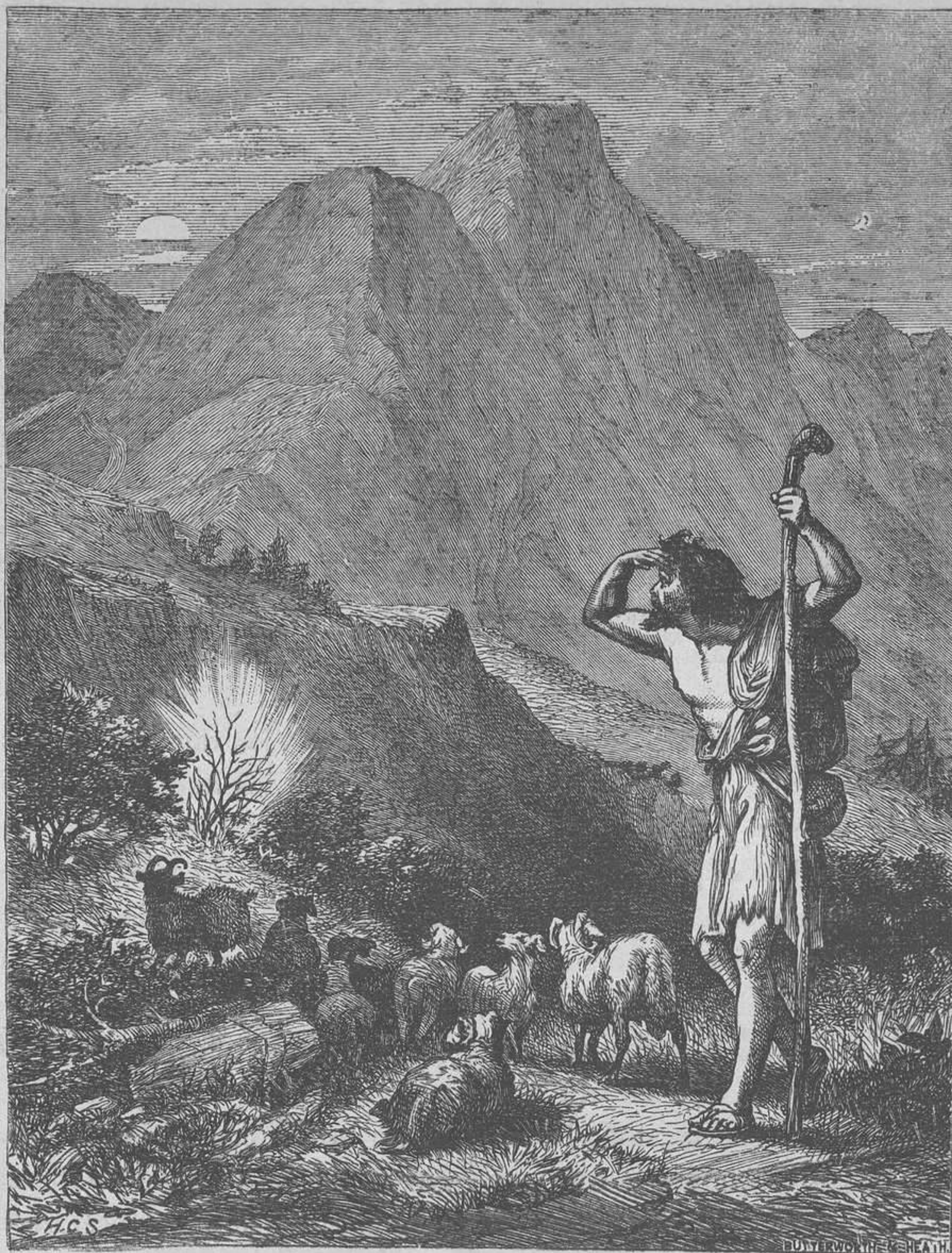
«Pobre pequeña! ella es, sin embargo, quien me ha enseñado á pensar en los otros. Antes de su enfermedad yo no sabía que se era dichoso al poder ayudar al prójimo; ahora lo sé. ¡Pobre pequeña!»

Los niños, contentos de ver que la habitación tomaba un aspecto más agradable, cambiaron muchas veces el sitio del sillón y terminaron por dejarlo en el mismo en que se le puso en primer lugar. De repente Carlitos gritó alegremente:

*(Se continuará.)*







### MOISÉS ANTE LA ZARZA.

Se encontraba Moisés apacentando las ovejas de Jetro, suegro suyo, en los alrededores del monte Horeb, cuando notó en el desierto, á alguna distancia, que estaba ardiendo una zarza, que á pesar de que se quemaba no se consumía;

entonces trató de acercarse para conocer en qué consistía aquel fenómeno, y oyó una voz que le decía: «No te llegues acá; quita tus zapatos de tus pies, porque el lugar en que estás, tierra santa es.» Además le dijo la voz: «Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob.»



Quitóse, pues, Moisés sus zapatos y se acercó, y oyó otra vez la voz del Señor que le decía: «Bien he visto la aflicción de mi pueblo, que está en Egipto; y he oído su clamor á causa de sus exactores; pues tengo conocidas sus angustias, y he descendido para librarlos de mano de los egipcios y sacarlos de aquella tierra á una tierra buena y ancha, á tierra que mana leche y miel, á los lugares del Cananeo, del Heteo, del Amorrheo, del Ferezeo, del Heveo y del Jebuseo.» Y le dijo además: «Ven, por tanto, ahora, y te enviaré á Faraon, para que saques mi pueblo, los hijos de Israel, de Egipto.» Para probarle su mision, le descubrió Dios su nombre de Jehová, que quiere decir El Eterno, y le aseguró del éxito que tendria, no obstante la oposicion de Faraon; le trató de convencer dándole el poder de hacer milagros; la última objecion que hizo Moisés fue esta: «Ah Señor, yo no soy hombre de palabras elocuentes; porque soy tardo en el habla, y torpe de lengua.» Dios le aseguró que estaria con él y que le habia de enseñar todo lo que tuviera necesidad de hablar, y que por último, le acompañaria su hermano Aaron para servirle de intérprete.

Entonces se rindió Moisés y se despidió de su suegro para marchar á Egipto.

Y ahora bien: ¿qué significa el que Dios se apareciera á Moisés en medio de una zarza ardiendo? ¿Por qué se apareció bajo una forma tan extraña?

El pueblo del Señor sufría entonces

una gran persecucion por parte de los egipcios, contra los cuales no era nada; valia tan poco como una zarza en un bosque, y por lo tanto es comparado con ella. Pero como era el pueblo de Dios, este estaba en medio de él siempre velándole, y por tanto, á pesar de tan grande persecucion, no lograban los egipcios acabar con él, porque estaba defendido por el brazo de Dios. Pues bien, aquí viene á representarnos Dios á su pueblo en forma de una zarza, que es amenazada de completa destruccion por medio del fuego. Mas Él nos da á conocer que está con su pueblo, haciendo partir su voz de en medio de la zarza é impidiendo que se consuma.

Por esto, las tan perseguidas congregaciones de los hugonotes en Francia y de los valdenses en Italia, y áun los *covenanters* en Escocia, adoptaron como símbolo para su iglesia la imágen de la zarza ardiendo, escribiendo debajo, como prueba de su fe, y en honra de Dios que salva á su pueblo: *Nec tamen consumebatur*, que quiere decir: «Y sin embargo no se consumia;» ó: *Ardens sed virens*, que se traduce «Ardiendo, pero verde;» como si dijéramos: Perseguido y maltratado, mas lleno de vida. Esto es lo que significa la zarza ardiendo en el desierto.

---

## EL CENTINELA.

---

Quando yo era pequeño, uno de los cuentos que más me agradaban era el



de un tal Pedro Williams, soldado. Estaba en el Canadá, peleando contra los indios. Todas las noches mataban á los centinelas; pero no se apercebían de ello hasta la mañana, porque eran muertos con flechas, y por tanto, no se oía el menor ruido.

Tocóle á Pedro vigilar una noche, y aunque al principio tuvo mucho miedo se resolvió á hacerlo, no sin haber pedido proteccion al Señor. Empezó su vigilancia; era una clara noche de luna, y él miraba hácia todas partes, con la firme resolucion de disparar al menor ruido de que se apercebiera.

Caviló despues, sobre la manera de entrar que podrian practicar los indios, y para observar más descuidadamente se quitó la levita y el morrion, y los colocó de una manera conveniente en unas junqueras que tenia junto á él, y se internó en la selva, escopeta en mano.

Apenas se retiró la luna, vió á lo léjos un oso, que muy despacio cruzaba la selva; sin perderle de vista, subió á un árbol que habia cerca del sitio en que puso su ropa; lo veia acercarse, y á ratos ponerse de piés y mirar hácia todos lados, y no pudo ménos de decirse asombrado: «¡Qué instinto el de estos animales!» Pasó un rato en pié y se le veia mover las manos, pero todo lo hacia debajo de un árbol, y oculto en su tronco, tanto, que á no haberle visto entrar, nadie le distinguiría en aquel sitio.

De pronto se oyó un ténue silbido y algun objeto que chocó contra la cha-

queta de Pedro; era una flecha, y Pedro, entónces apuntando con la carabina le asestó un tiro que le hizo rodar. Alarmóse el resto de la guardia, y fueron al lugar donde se encontraba el oso; lo miraron, y ¡qué sorpresa! cuando vieron envuelto en la piel de un animal el cadáver de un hombre.

## LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

«¡Pequeña Madre, aquí está el gato!» En efecto, su majestad velluda que habia entrado con la señora Cárlos y no habia partido al mismo tiempo que ella, hizo su aparicion solemne, saliendo de un rincon, donde nadie le habia visto. Los niños no habian vuelto á ver á Minino desde la partida para el campo. Carlitos le hizo avances un poco bruscos, sin lograr atraerlo; pero el gato se aproximó á Pequeña Madre, saltando sobre sus rodillas.

«Sabe bien que tú no le quieres,» dijo ella para explicar esta conducta de la manera ménos punzante para Carlitos.

«¡Oh! lo quiero mucho ahora, pero todavia quiero más á Bruneta. Esta es muy linda y da muy buena leche. ¿Y tú no la quieres más?»

«No sé... Es muy agradable acariciar un gato, parece tan contento. Bruneta no está tranquila un instante.»

«Es verdad, pero á mí me gusta más esto. ¡Ah! ¡si estuviéramos todavia juntos allá abajo!»



«Escucha, Carlitos mio, no debes estar triste cuando papá llegue. Sabes que Silvania ha dicho que vendria á buscar-nos, cuando se aburra demasiado sin nosotros.

Pequeña Madre se calló bruscamente. Oíase algo en la escalera: pasos lentos un poco arrastrados, acompañados de otro ruido, como el de un baston que daba en cada escalon. Los niños se quedaron inmóviles. Los pasos se aproximaban... En fin se pararon. Hubo un momento de vacilacion; despues la puerta se abrió y un hombre alto, delgado, apoyado sobre un baston apareció ante ellos.

«¡Papá!» gritó Pequeña Madre lanzándose sobre él.

Lo cogió de la mano y lo condujo al sillon, donde se dejó caer aplomado; tan fatigado estaba. Carlitos desconcertado le miraba sin osar aproximarse. El padre habia cerrado los ojos y se habia dejado ir al fondo del sillon, porque estaba todavia muy débil. Luego los volvió á abrir y miró al chicuelo.

«¿No me reconoces?» le dijo. «Yo te reconozco bien, tú eres siempre el mismo; mi grueso Carlitos, pero Pequeña Madre ha crecido. Está hecha casi una mujer.»

Esta idea de que Pequeña Madre era una mujer hizo reir á Carlitos, y una vez que se hubo reido, se sintió más contento. Poniendo la mano sobre una de las rodillas de su padre preguntó:

«¿Es que la gran casa está concluida?»

«¡La gran casa!» repitió el padre, un poco sorprendido de esta pregunta, que no tenia alguna relacion con sus pensamientos del momento. «No, no debe estar acabada, pero ¿por qué piensas en la gran casa, hijo mio?»

«Porque me gustan mucho las grandes casas. Yo edificaré una para Pequeña Madre cuando sea mayor.»

«No es necesario volver allá, papá;» dijo la hijita con un tono suplicante.

«¡Ah! se pasará todavia algun tiempo ántes de que yo esté capaz de trepar por una escala ó de llevar una carga.»

«Cuando papá vuelva á la gran casa,» dijo Carlitos, «yo iré para tener cuidado de él.»

«Tú eres todavia demasiado pequeño,» replicó su hermana acariciándole.

«Dices siempre que soy pequeño, pero ya voy siendo grande; ¿no es verdad, papá?»

(Se concluirá.)

---

## EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION: Por un año: en Madrid, Ptas. 2; en Provincias, Ptas. 2,50. Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

---

MADRID 1888. Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.